
ÉTICA DE LA REBELIÓN Y TERRORISMO EN ALBERT CAMUS

Tirso Bañeza Domínguez

Introducción

Albert Camus ha sido identificado principalmente con la reflexión y tratamiento sobre el tema del absurdo. Sin embargo, ese sentimiento de extrañeza, tanto de sí mismo como del mundo, de habitante de un universo que es indescifrable, incomprensible, absurdo finalmente, todo ello no es sino una parte, la inicial, del pensamiento camusiano. Pero hay otro Camus, el de *El hombre rebelde*, ensayo que supone el inicio del segundo gran momento de la obra camusiana: el de la rebelión. Con *El malentendido* y *Cartas a un amigo alemán* comienza a abandonar nuestro autor ese páramo yermo y doloroso del absurdo para iniciarse por el de la búsqueda de los valores. En *El hombre rebelde* define con precisión qué es la rebelión y se caracteriza al hombre que la encarna, al tiempo que se nos hace ver cómo las

diversas formas y teorías que anhelaban y justificaban la rebelión terminaron por pervertirse dando cobijo bajo las mismas al crimen, legitimándolo bien desde la acción y conciencia individuales, bien bajo la bendición del Estado. Camus nos muestra lo anterior analizando y estudiando sus ideologías inspiradoras y los hechos históricos que a su juicio mejor reflejan lo que nos presenta, a saber: la Revolución Francesa, los terroristas rusos de principios del siglo XX, el fascismo y el nacionalsocialismo, hasta llegar al marxismo soviético de Stalin.

Pero si lo anterior es lo que más claramente se manifiesta en su tratamiento sobre la rebelión, también hay en dicha obra la intención tácita de que esa rebelión que terminó en las fauces de la justificación criminal sepa liberarse del crimen. Y es que, en el fondo, el anhelo más prístino de la rebelión ha de ser el de excluir totalmente el crimen, tal será el núcleo central a partir del cual se articulará y construirá su ética de la rebelión.

Y si son aciertos formales de todo artículo la brevedad en la exposición y la actualidad del tema, nos guía la economía expositiva respecto a lo primero, y sobre su actualidad, hoy el tema de la rebelión sigue estando plenamente presente. Lo está en los movimientos que se oponen y rebelan ante una situación económica, social y política que se juzga como de injusta, también brota su impulso en la oposición a ciertos aspectos de la llamada globalización, la encontramos también, por ejemplo, en el auge de los nacionalismos y particularismos políticos que

pugnan por salir al sol de las identidades colectivas sin sopesar en ocasiones los instrumentos a utilizar para lograr sus fines, lo está en la llamada Primavera Árabe, incluso en los viernes de la ira que brotan ya con carácter recurrente en una parte importante del mundo musulmán al socaire de tal o cual blasfemia. Vamos, que tenemos hoy en día rebeliones por todas partes, tanto que podríamos quizás caracterizar a nuestra época (hasta que haya otra denominación más sesuda) como la de las rebeliones. Alguien dijo una vez que “rebelión” era sinónimo de sarpullido adolescente, y hasta en eso podría tener tino denominar a nuestro tiempo como de “rebelde”, pues parece que salimos ya de un mundo que no volverá tal cual lo conocimos, a modo de una infancia en la que la mayoría vivimos mejor (hablo del mundo occidental), sin saber aún cómo y en qué consistirá nuestra futura madurez, que parece que será peor que la infancia que ya dejamos atrás. Y ahora, entre la feliz infancia perdida (puede que ya para siempre la perdida patria de lo que fueron nuestros mejores tiempos) y el incierto futuro de la pavorosa mayoría de edad que nos aguarda, estaríamos en el ínterin del tiempo adolescente, tiempo eminentemente rebelde, con su ética rebelde. Como se ve, jugamos un poco con el paralelismo entre las edades de la vida y las de las colectividades (si se desea, las de las sociedades, o, más pretenciosamente, las de los tiempos o la propia historia); y entre el lector si le place en ello para darse así cuenta de que probablemente Camus caracterizó

su ética de la rebelión (según nuestra imagen, la que correspondería al tiempo adolescente que alumbrará la madurez por venir) con unos rasgos, peculiaridades o características que tal vez no coincidan con lo que la rebeldía de los tiempos que vivimos nos presentan... ¿o sí? Juzgue usted al finalizar la lectura.

Hablábamos más arriba de la “actualidad” de la rebelión... “tiempos rebeldes”, decíamos. Véase que no menos actual sería el otro término de nuestro título: terrorismo. Mucho dolor nos ha provocado, si hay una topografía del terror España está sin duda en ella, desde los múltiples asesinatos de la criminal banda hasta el 11-M; puede que nunca más que en nuestro tiempo el terrorismo haya estado tan presente en la actualidad política internacional y se haya utilizado tanto como instrumento bastardo de la política. Camus tiene bastante que decirnos sobre ello, su reflexión de hace décadas quizás sea hoy más pertinente que nunca. Juzgue también el lector al final.

La Ética de la Rebelión

La ética de la rebelión camusiana se encarna en la caracterización que hace del hombre rebelde, ejemplificándolo en los héroes de algunas de sus obras literarias. El rebelde camusiano presenta como una especie de fundamentación ontológica que se inicia en la singladura de su configuración moral partiendo de una negación, de un “no”. La negativa del rebelde no tiene nada que ver con la sinrazón en la que concluye el hombre absurdo de la primera

etapa de su pensamiento, y es que decir “no” es todo un acto de creación axiológica porque a la par que se niega se afirma: al tiempo que dice “no”, el rebelde dice “sí” al derecho que exige y reivindica pero aún no tiene. Opone así a la situación que lo degrada o desprecia, otra que considera preferible y en vista de la cual la que vive es juzgada como de injustificable. Así, la rebelión invoca un valor, que si bien aún no se posee, se juzga de justicia poseerlo, tiene conciencia de que falta, pero se busca.

Dicha negación creadora de valores desde el “no” que la gesta, no se circunscribe al perímetro de lo personal o lo particular y concreto; tal toma de conciencia entre lo que se vive y lo que juzga como lo que sería preferible vivir es algo que se abre a los demás. Efectivamente, el rebelde camusiano instaura con su “no” una realidad distinta, la única en la que lo moral puede germinar si no queremos concluir en un solipsismo valorativo que nos dejaría otra vez próximos al primer momento del absurdo, lo que se da en obras como *El extranjero* o *El mito de Sísifo*. Con la rebelión se anuncia una nueva realidad: los otros. Y es que el rebelde aquello que quiere hacer respetar en sí mismo lo desea también para los demás, luchando por un valor que lo desborda como individuo. Por la rebelión el rebelde se abre a los demás hombres; la rebelión camusiana da forma y lugar a un humanismo. La rebelión es, tanto hoy como casi siempre, un sentimiento y una noción fortísimos que, como Camus ya vio, nos lleva a romper con lo que consideramos nos arrebatara algo fundamental y

nos insta a dirigirnos hacia eso tan esencial que se nos niega, mas en dicho caminar no vamos solos, como queda dicho.

La rebeldía supone también el inicio de la búsqueda de la posibilidad de una naturaleza humana común, pues esa identificación y solidaridad con el prójimo aniquila todo egoísmo e individualismo. Y llegados hasta aquí, el rebelde camusiano ya no tiene marcha atrás, la apuesta por esa realidad juzgada como preferible es total, íntegra, sin preservarse nada de lo anterior por parte de quien dice “no”. Una negación ya imposible de olvidar, pues engloba ahora a los demás en lo que tiene de un “sí” que se ha comprometido en una alternativa que incluye a todos.

Decimos que el contenido de la rebelión camusiana está en los otros, concretándose en una palabra que hoy utilizamos con tanto exceso como defectuosamente practicamos: la solidaridad. Pero puede que tal vez lo más determinante no sea lo que positivamente conocemos como el contenido efectivo de la rebelión arriba indicado, puede que al igual que ocurría con el “no” como verdadero germen del rebelde que eclosiona, así también diríase que lo más determinante para concebir un hombre rebelde que de verdad no degenera no es tanto que sea solidario cuanto que tenga conciencia de que toda rebelión tiene un límite, hallando sus fronteras en la razón esencial de la que emana: los demás hombres. Esto es algo determinante en Camus, tan determinante para él cuanto olvidado en buena parte de las rebeliones (originalmente genuinas) que a lo largo de la historia

ha habido, y es que cuando la rebelión olvida la idea y el sentido de límite termina aceptando y practicando lo que esencialmente deseaba suprimir: el crimen y la injusticia. La aceptación del crimen, sea cual sea su pretexto (tenemos múltiples ejemplos: el bien del partido, el del Estado, nosotros...), expresa del modo más claro la aniquilación del hombre rebelde como hombre que se reconoce en los otros.

Ya se ve, la rebelión es la primera evidencia de la existencia de los otros, Camus hace de ella que sea a la vez contenido y continente al entenderla como apertura a los otros hombres, y límite para lo que vaya más allá de ellos o los considere meros instrumentos para no importa qué fin. La rebelión desempeñará en el orden ético el mismo papel que el “cogito” cartesiano en el del pensamiento, es decir: “yo me rebelo, luego existimos”... , pero mientras haya un límite: vosotros, los otros.

El crimen, el asesinato, el terror... ; todos los medios que utilicemos para terminar con el otro, con los demás, quedan fuera de la ética de la rebelión camusiana, están más allá de los límites de la misma. En el fondo, lo que tenemos es una decidida defensa del hombre, de lo humano, y una denuncia explícita de cuantos pretextos se utilizan para, pasando sobre el hombre, supuestamente llegar a otro hombre más humano, preferible, verdaderamente mejor según las ideologías que así lo justifiquen. Donde quizás mejor podemos ver la negativa de Camus a cualquier instrumentalización del hombre y el alcance y límites que lo humano tiene en su ética sea en los héroes y

personajes de las obras literarias del período que nos ocupa, así lo encontramos en *La peste*, *El estado de sitio* o *Los justos*, analicemos brevemente cómo se encarna todo ello en sus personajes más destacados.

En *La peste* encontramos muchos de los rasgos que hemos ido desglosando de la ética rebelde. Hay en ella la lucha de unos seres que lo dan todo, lo apuestan todo contra el mal que les atenaza y que terminará con ellos si antes no es vencido. La injusticia, el dolor, el sufrimiento, la muerte se expresan en ese mal ciego de la terrible peste que hace que los habitantes de Orán (ciudad donde transcurre la acción) vivan como exiliados en su propia ciudad. Rieux (personaje central de la novela) se rebela, dice “no” y lucha contra la enfermedad, expresión del mal. Su negativa se ejerce también en nombre de los otros, los demás, por ellos y para ellos es la ciudad que se anhela, cuando en un día no muy lejano sus ciudadanos puedan nuevamente sentirse libres en sus espacios, sin temor a la muerte injusta, mal ciego, vencedores del capricho doloroso de la enfermedad, metáfora también del dolor que lo puebla todo.

En *El estado de sitio* el escenario cambia, ahora es Cádiz. Pero el mundo que discurre ante el protagonista presenta un paisaje también de dolor y muerte, de sometimiento y sufrimiento. Diego es también un rebelde. Su “no” se dirige al tirano que somete a su ciudad al despótico capricho de la muerte y la injusticia. La rebeldía es, igualmente en este caso, la otra cara de una realidad que se quiere cambiar por una más humana y libre. Diego halla

pronto la clave que el tirano utiliza para imponer su voluntad a los demás: el miedo. Se practica la muerte, el asesinato a capricho, se practica la injusticia, el abuso desde el poder para inocular miedo y temor y así someter y suprimir la voluntad de todos. Pero nuestro héroe rebelde grita con fuerza su negativa ante tal situación y su rebelión se concreta en la pérdida del miedo, lo que directamente implica ser libre. Ya no es presa del déspota ni del temor que lo atenazaba, y todo no para liberarse él sino los demás. La presencia de los otros, el sacro respeto al otro como límite y contenido fundamental del héroe rebelde camusiano y de su ética se concreta ahora en la negativa a toda salida individual, a la salvación personal: el déspota ofrece a Diego salir de la ciudad y escapar así a su tiranía y salvarse, pero él lo rechaza porque no puede olvidar que la libertad que se le ofrece no le pertenece únicamente a él, lo es también de todos los hombres y mujeres a quienes les ha sido arrebatada. Al final, Diego morirá, pero su ciudad recobra la libertad gracias a que aquél mostró que era posible vencer al miedo y, rebelándose como el héroe, terminan los gaditanos con el tirano.

En *Los justos* el drama se acerca más a la temática del terrorismo y su tratamiento en Camus. La trama nos presenta a un grupo de jóvenes terroristas rusos que quieren matar al Gran Duque, quien encarna para ellos el mal, el dolor y la injusticia a los que el pueblo está sometido. En la obra hay al menos dos sensibilidades muy diferentes sobre el planteamiento central del asesinato político: por una parte, el

personaje de Stepan, para quien todo estaría permitido si así lo requiere la revolución; por otra, Kaliayev, quien establece siempre que incluso la revolución ha de tener límites. Éste es el héroe rebelde, encarna la idea de los otros como referencia central y límite infranqueable de la rebelión. Pero él mató al Gran Duque, ¿no sobrepasó entonces los propios límites que reconoce? Es verdad que el asesinato político se realiza en nombre de los otros, de los oprimidos a los que se quiere liberar, y, sin embargo, Kaliayev parece reconocer que eso no termina por ser una justificación ni convierte su acción en justa. El crimen se comete por los otros, pero si el asesino no está dispuesto a pagar con su propia vida por lo que hizo, entonces jamás hallará redención tal acción. Pero incluso en tal caso el camino que recorre Kaliayev va de la muerte (del otro) a la muerte (propia), cuando el camino correcto debería ser el que condujera a la vida. Además, como dirá Dora (otro de los personajes), tal vez lleguen algún día otros que no estén dispuestos a justificar su crimen con el ofrecimiento de su propia vida a cambio (que es lo que suele suceder; aunque, de aceptar el planteamiento del personaje camusiano, ¿acaso no estaríamos “justificando” al terrorista suicida?... decimos nosotros).

El hombre como valor y como centro de lo moral surge de todo lo anterior, la rebeldía es un valor inmanente que hace consciente al hombre y lo fortalece y enaltece contra el mal, es una fuerza que encuentra su mayor y plena madurez en la solidaridad que surge del sufrimiento común hecho

carne y no de una noción abstracta y general de lo humano. El hombre rebelde se debe a los hombres, y si colectivo es el sufrimiento así ha de ser también la liberación, de ese modo el valor primordial de la rebeldía nace del amor a los demás hombres. La ética de la rebelión es humana, radicalmente humana en su dedicación del hombre al hombre, rechazando todo aquello que lo sojuzga y descartando lo divino porque esto supondría dar un salto a la trascendencia, apartándose así de la humanidad que reconoce y defiende. Su ética de la rebelión es, al mismo tiempo, una ética de los límites, los que hemos ido mostrando: todo lo que sojuzga, instrumentaliza o aniquila lo humano jamás podrá ser medio adecuado para no importa qué causa o realidad futura, y es que no es el fin el que justifica los medios y sí los medios los que harán del fin algo humano, justificable finalmente.

Ética de la Rebelión y Terrorismo

Una parte importante de *El hombre rebelde* está dedicada a analizar lo que Camus denomina como “la rebelión metafísica” y “la rebelión histórica”. “La rebelión metafísica” sería la ejercida contra la condición de ser exiliado que el hombre tiene, un ser condenado a muerte, viviendo en un mundo que le es impuesto y que no quiere asumir, al menos no en tanto que esté dominado por el dolor, la injusticia, el sufrimiento y la muerte. Tal será, según Camus, la condición metafísica ante la que el hombre se rebela. Y dicha condición es responsabilidad de Dios, por ello la rebelión que se le enfrenta más que serlo atea

lo es blasfema. Propiamente, se iniciaría en el siglo XVIII, y presentaría dos momentos fundamentales: en el primero, se manifiesta la negación absoluta de aquello que aniquila al hombre o lo somete a esa condición metafísica juzgada como de abandono en un mundo dominado por los males ya citados. Sade, los dandys o Dostoyevsky encarnan bien la negación del responsable de la inhumana condición metafísica a la que el hombre ha sido arrojado: Dios. En un segundo momento, y después que el hombre ha sometido a juicio a Dios y lo ha considerado culpable (negándolo en nombre de una moral que busca la justicia), tiene lugar la afirmación del hombre. Stirner y Nietzsche son tomados por Camus como ejemplos del hombre que se eleva afirmándose a sí mismo una vez Dios ha sido considerado culpable del mal y de la injusticia que reinan en el mundo. Dios ya no existe ni es garantía de nuestro ser, por tanto el hombre debe determinarse a hacer para ser. Y será la historia donde se expresará el quehacer humano que busca la justicia y un mundo con el que el hombre pueda reconciliarse, "La rebelión histórica" da concreción a tal voluntad del quehacer humano en la historia, y Camus transita por el sentido y significado de algunas de las revoluciones de los dos últimos siglos. Analiza también el significado que regicidas y deicidas han tenido en una historia que se declaraba como anhelo de un hombre reconciliado con una realidad histórica que él construiría más humana y propia. Pero ha sucedido, sin embargo, que casi todas las revoluciones han exigido la inmolación de lo que

precisamente es irrenunciable para la rebelión camusiana: el hombre. Sí, en el nombre de un mundo más justo, de una historia en cuyo final la libertad y la justicia puedan reinar, en nombre de todo ello, todo queda justificado, llegándose paradójicamente a la suspensión de la propia libertad, de lo humano, y la imposición del terror termina siendo la naturaleza propia de las ideologías revolucionarias que querían hacer del mundo algo perfecto, concluido y sin resquicios de injusticias ni desigualdades, las revoluciones devorando a sus hijos, fagocitándolo todo en el nombre de un prístino ideal para el que casi todo es sacrílego.

Y un instrumento fundamental para construir esa historia genuina para cuya conclusión hemos de sobrepasar todos los principios y límites será el terrorismo, el cual supone una negación de los auténticos valores rebeldes, lo que se expresa en su negación del hombre cuando no en la búsqueda del exterminio del contrincante. Camus analiza el fenómeno del terrorismo desde dos consideraciones: el terrorismo individual y el terrorismo de Estado. En el primero estudia el fenómeno en los terroristas rusos de finales del XIX y comienzos del XX, advirtiendo del importante cambio que tiene lugar hacia 1905 en dicho fenómeno, cuando los revolucionarios que utilizan el terror como vía de instauración de la revolución ponen ya por encima de todo a una revolución que exige el sacrificio de la vida de los demás, de la libertad... ; concluyendo en la gran y dudosa paradoja de que por amor a la revolución el hombre será sojuzgado hasta el exterminio.

El terrorismo de Estado lo materializa en su análisis del fascismo, el nacionalsocialismo y el comunismo soviético. Con los dos primeros, dice Camus, el Estado se construye sobre la idea de que nada tiene sentido y de que la historia no es sino el azar de la fuerza, constituyendo el gran y cruel gozo poder participar en la destrucción. La fuente inspiradora de todo ello será el nihilismo, por ello la paradoja de Hitler consistió en querer fundar un régimen estable sobre un movimiento perpetuo y sobre la negación. La lógica final de tal dinamismo ciego será la derrota total, saltar de conquista en conquista, de enemigo en enemigo no lleva a otra cosa. Y en dicho impulso irracional queda suprimido en el hombre todo cuanto no lo contemple como un engranaje en el que resultan aplastados la persona y lo que en ella hay de universal, la reflexión, la solidaridad, el amor, la confraternidad. La propaganda y la tortura son medios directos de esa desintegración, la amalgama con el criminal, la complicidad forzada. El que mata o tortura no puede sentirse inocente y crea la culpabilidad en la propia víctima, en un mundo sin rumbo ni límites la culpabilidad general que el nazismo quiere imponer a la víctima (culpable por ser víctima, incluso) no legitima ya sino el ejercicio de la fuerza y no se consagra a otra cosa que al éxito como si de una huida hacia adelante se tratara.

Pero las místicas fascistas, dice Camus, no han pretendido realmente un imperio universal, no al menos en sus orígenes, como sí lo pretendió abiertamente el comunismo soviético. Éste asumiría

la ambición metafísica de edificar, después de la muerte de Dios, una ciudad del hombre divinizado (el del final de la historia), proponiendo la revolución definitiva y la unificación final del mundo. El verdadero peligro del marxismo, a decir de Camus, es considerar que hay razones para imaginar el fin de la historia, y que en nombre de dicho fin se justificarán todos los sacrificios que sean precisos. El marxismo soviético stalinista sojuzga a los hombres y sobrepasa así también los límites de la rebelión que venimos comentando.

El terrorismo individual concluye en la abolición de valores y principios en nombre de una única justificación: la revolución, a la cual todo se somete, también lo humano, su vida. La aniquilación final del terrorismo individual nos deja en un nihilismo absolutamente permisivo y nos pone en las puertas del terrorismo de Estado, que será una transcripción a nivel global del anterior, institucionalizando la represión y el aniquilamiento en nombre también de un final histórico que lo justifica todo. Y ambos tipos de terrorismo acaban con el presente en nombre de un futuro imaginado como perfecto.

El hombre camusiano, valor central de la rebelión y eje a partir del cual se generan los demás valores, no representa una realidad genérica, lejana. No es un desiderátum etéreo que exija el sacrificio porque se constituye como hombre concreto, histórico, presente, que suscita y es depositario de sentimientos tales como la solidaridad o el deseo de justicia, pero siempre desde el hombre de carne y hueso, real, que

vive y muere. La ética camusiana de la rebelión no lo sacrificará todo a una realidad que está por venir.

Conclusión

Como decíamos al comienzo, hace ya tiempo (más de sesenta años) que Camus trató y reflexionó sobre la rebelión, y al hilo de la misma nos dejó también profundos análisis sobre el terrorismo. Al releerlo hemos visto lo presente que está hoy su temática, también nos parece que sus textos nos pueden orientar para distinguir entre lo prioritario y lo espurio en el galimatías que parece nuestra contemporaneidad. Las páginas que Camus dedicó al fenómeno terrorista en *El hombre rebelde* no están hoy caducas porque en su tratamiento encara la naturaleza misma del problema que trata, por eso sus opiniones valen hoy también por certeras. Así, tanto el terrorismo de los lejanos terroristas rusos que él estudia, como los originados desde ideologías totalitarias o el más actual terrorismo etarra, el corso, el argelino o el de no importa qué fanatismo religioso, presentan todos ellos buena parte de los rasgos que Camus reconoce en dicho fenómeno.

Por supuesto que rebelión y terrorismo son fenómenos de naturaleza distinta, antitética, incompatibles entre sí desde la perspectiva camusiana como hemos visto. Y es que la rebelión camusiana denuncia a los privilegiados acólitos o prosélitos que extienden el crimen, la extorsión o el secuestro para los que nadie es objeto de consideración alguna pues a “los otros” sólo se les puede aplicar el papel de vícti-

mas, sobrepasando así todo límite; víctimas, además, que merecen ser exterminadas, sometidas, inmolidas en la pira del fanatismo redentor. La actividad e ideología del terrorista únicamente halla lo humano en el entregado a la causa, en el cómplice. Quedan fuera del ámbito de la más mínima consideración y respeto todos los demás, por ello el estrecho límite exclusivista del terrorista se cierra y circunscribe a una etnia, creencia, minoría, patria o particularismo que lleva hasta el paroxismo.

Lo humano es sagrado en la rebelión camusiana, el hombre y el respeto a su vida y a su dignidad son sus límites infranqueables. Jamás aceptará que cualquier fin, no importa cuál, pueda traspasar lo anterior. El terrorista es un pérfido discípulo del maquiavélico “el fin justifica los medios”, para Albert Camus serán siempre los medios los que justificarán (o no) el fin.

Podría decirse que en los tiempos que corren otra vez vuelve a plantearse el dilema que tan mal resolvió en más de una ocasión la centuria anterior: un verdadero humanismo cuyo horizonte y límite sea lo humano o nuevamente unas ideologías que hagan del hombre simple medio en el que sobrepasemos toda humanidad con el pretexto de la propia humanidad. Y nos parece que ser conscientes de tal disyuntiva es otra de las importantes aportaciones camusianas. Como hemos visto en él encontramos una respuesta clara, una nítida elección. Tal vez porque desde el inicio mismo de su obra halló una compenetración con el mundo, con su gozosa presencia, que plasmó en unas *Bodas* con resonancias a André Gide, tal vez

también porque supo ver en el mundo la presencia de su *Anverso y reverso*; pero principal y esencialmente porque en la madurez de su reflexión sobre la rebelión supo entrever que había algo más allá del nihilismo, lo que, como afirma Tony Judt en *Pensar el siglo XX*, lo llevó a ser un verdadero moralista, sin ningún sentido peyorativo, simplemente como alguien que dotó a su obra de un compromiso ético explícito. Podría ser que Camus fuera uno de los que primero y más claramente se preguntara si no estamos equivocados, si realmente Nietzsche y Hegel no nos habrían engañado y verdaderamente existieran unos valores morales, como plantean Judt y T. Snyder en la obra antes citada. En la ética de la rebelión camusiana ya sabemos que hay que partir de un límite que preservará y configurará toda reflexión y acción posterior: el ser humano.

Biografía

Tirso Bañeza

Tirso Bañeza Domínguez estudió filosofía de la Universidad de Salamanca, donde se doctoró en la misma materia. Ha ejercido como profesor en varias localidades de Extremadura y actualmente lo hace en Cáceres. Autor de numerosos artículos, buena parte de ellos se ocupan, de una manera u otra, sobre temas que se circunscriben entre la literatura y la filosofía. Así, algunas de las publicaciones donde han aparecido sus textos son *Cuadernos de realidades sociales*, *Revista de Extremadura*, *Alcántara*, *Revista de Estudios Extremeños*, *Abel Martín*. *Revista de estudios sobre Antonio Machado*, *Anuario de estudios celianos*, etc.

También ha participado en publicaciones de carácter colectivo como *El pensamiento hispánico en América: siglos XVI – XX*. Entre los autores sobre los que ha trabajado se encuentran A. Camus, Cela, Machado, Aranguren o Valverde, sobre el que versa su último trabajo, *Ensayo sobre Valverde*.